

Homilía de Santo Domingo de Guzmán

Año litúrgico 2023 - 2024 - (Ciclo B)

“Sois la sal de la tierra, la luz del mundo”

Introducción

No se descubre nada nuevo al decir que los dominicos somos poco dados a crear florecillas y fábulas. Quizá sea este el motivo por el que la figura de Santo Domingo de Guzmán es poco conocida dentro de la Iglesia. Y es que el «dulce Español», como lo llamaba Santa Catalina de Siena, no despierta la devoción popular ni masivas peregrinaciones para venerar su imagen, su sepulcro y sus reliquias en la italiana ciudad de Bolonia. Es más, los lugares por donde desarrolló su ingente labor de predicación por el Mediodía francés pasan casi desapercibidos. Pero todo esto no nos debería llevar a pensar que el fundador de nuestra Orden pasa inadvertido en la Iglesia.

Santo Domingo nos dejó como legado una forma de entender la vida donde la predicación del Evangelio ha de transformar y purificar al ser humano y a la Iglesia. Por ello, en palabras del Maestro Humberto de Romans, «la vida dominicana es una de las más excelentes y nobles dentro del oficio de la predicación». Así pues, que el conmemorar y celebrar hoy a Santo Domingo, tanto en la misa como en la mesa, -que todo es necesario- nos afiance, aún más, en nuestra vocación como predicadores. Para que nuestra palabra sobre la Palabra aporte claridad y sabor a la humanidad, y podamos seguir abriendo caminos de esperanza.



Fr. Ángel Luis Fariña Pérez O.P.
Convento de Ntra. Sra. de Atocha (Madrid)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del profeta Jeremías 1, 4-9

Recibí esta palabra del Señor: Antes de formarte en el vientre, te escogí; antes de que salieras del seno materno te consagré. Te nombré profeta de los gentiles. Yo repuse: ¡Ay, Señor mío! Mira que no sé hablar, que soy un muchacho. El Señor me contestó: No digas: "Soy un muchacho", que adonde yo te envíe, irás, y lo que yo te mande, lo harás. No les tengas miedo, que yo estoy contigo para librarte -oráculo del Señor-. El Señor extendió la mano y me tocó la boca; y me dijo: Mira: yo pongo mis palabras en tu boca.

Salmo

Salmo 95, 1-2. 3. 7-8a. 10 R/. Contad a todos los pueblos las maravillas del Señor

Cantad al Señor un cántico nuevo, cantad al Señor, toda la tierra; cantad al Señor, bendecid su nombre. R/. Proclamad día tras día su victoria. Contad a los pueblos su gloria, sus maravillas a todas las naciones. R/. Familias de los pueblos, aclamad al Señor, aclamad la gloria y el poder del Señor; aclamad la gloria del nombre del Señor. R/. Decid a los pueblos: «El Señor es rey: él afianzó el orbe, y no se moverá; él gobierna a los pueblos rectamente». R/.

Segunda lectura

De la segunda carta del apóstol san Pablo a Timoteo 4, 1-8

Querido hermano: Te conjuro delante de Dios y de Cristo Jesús, que ha de juzgar a vivos y a muertos, por su manifestación y por su reino: proclama la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, arguye, reprocha, exhorta con toda magnanimidad y doctrina. Porque vendrá un tiempo en que no soportarán la sana doctrina, sino que se rodearán de maestros a la medida de sus propios deseos y de lo que les gusta oír; y, apartando el oído de la verdad, se volverán a las fábulas. Pero tú sé sobrio en todo, soporta los padecimientos, cumple tu tarea de evangelizador, desempeña tu ministerio. Pues yo estoy a punto de ser derramado en libación y el momento de mi partida es inminente. He combatido el noble combate, he acabado la carrera, he conservado la fe. Por lo demás, me está reservada la corona de la justicia, que el Señor, juez justo, me dará en aquel día; y no solo a mí, sino también a todos los que hayan aguardado con amor su manifestación.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 5, 13-19

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán? No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente. Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte. Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de casa. Brille así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos». «No creáis que he venido a abolir la Ley y los Profetas: no he venido a abolir, sino a

dar plenitud. En verdad os digo que antes pasarán el cielo y la tierra que deje de cumplirse hasta la última letra o tilde de la ley. El que se salte uno solo de los preceptos menos importantes y se lo enseñe así a los hombres será el menos importante en el reino de los cielos. Pero quien los cumpla y enseñe será grande en el reino de los cielos».

Pautas para la homilía

Pasión por entregar la Palabra de Dios a los demás

La primera lectura de este día nos habla de vocación. Y en ella se nos narra cómo Dios mismo irrumpe en la conciencia de Jeremías y cómo este -Jeremías- expresa una profunda reflexión sobre todo lo que siente ante ese llamado. Como otras grandes figuras bíblicas Jeremías tiene que descubrir poco a poco su vocación porque, a decir verdad, no comprende del todo para qué lo ha llamado Dios. Y es que en todo proceso vocacional se experimenta que es Dios quien conduce por tanteos y a través de lo impreciso; de las dudas e incluso del miedo. Porque decir sí de manera incondicional hay que reconocer que no es nada fácil.

Santo Domingo también tuvo que marcarse itinerarios y recorrer no pocas rutas ante la llamada de Dios: estudiante en Palencia, canónigo en la Catedral del Burgo de Osma, embajador del rey Alfonso VIII de Castilla, incansable predicador entre los cátaros, firme y perseverante en su empeño por fundar la Orden de Predicadores... Así pues, vemos tanto en el profeta Jeremías como en Santo Domingo que la vocación es una historia que implica un proceso, es decir, un desarrollo en el tiempo. Porque el ser humano precisa del tiempo para que sus decisiones maduren, para comprender aquello a lo que se siente llamado. Por ello, es imprescindible ese período en el que se convive con las dudas, porque sólo así podremos adivinar la hondura de las respuestas.

Y como le ocurriera a Jeremías el profeta, no es malo sentir miedo por lo que se experimenta en el interior ni reconocerse parco en palabras por apenas saber balbucear. Pero al igual que Santo Domingo hemos de fiarnos de Dios y apostar por aquello a lo que nos ha llamado: para sentir pasión por su Palabra y entregarla a los demás.

Todo tiempo es tiempo de gracia

En la segunda lectura de esta solemnidad escuchamos cómo Pablo, de manera imperativa, exhorta a anunciar la Palabra de Dios. El Apóstol es consciente de que el mejor legado que puede dejar es su ejemplo de entrega incondicional por el Evangelio. Porque Pablo sabe, dado que lo ha experimentado, que esa entrega si es fiel y no hay traición alguna en ella, convierte en hombres de Dios a quienes sienten el llamado a ser profetas.

Sabemos por las crónicas de la época que Santo Domingo no dudó en llevar siempre consigo las cartas de San Pablo que, junto al evangelio de Mateo, eran sus tesoros más preciados. ¿Qué le transmitió San Pablo para ver en sus cartas una obra de referencia y por ello ser una de sus lecturas de cabecera? ¿Qué halló Santo Domingo en los textos paulinos que hizo que los tuviera como brújula para no perder la orientación a la hora de llevar adelante sus propósitos de vida?

Quizá es que en los textos del Apóstol Santo Domingo descubrió que la vida hay que afrontarla a pecho descubierto. Y que todo tiempo es tiempo de gracia. Por ello, merece la pena entregarse de lleno hasta el último suspiro de nuestra existencia por liberar a la gente de sus angustias. Porque ser servidores de la Palabra al estilo de Santo Domingo siguiendo las pautas de San Pablo, pone de manifiesto que la esperanza es invencible.

Dar claridad y sabor a la humanidad para abrir caminos de esperanza

La sentencia en boca de Jesús «vosotros sois la sal de la tierra; sois la luz del mundo» posee una profundidad tal que, quizá, no hemos captado del todo su hondura a pesar de haberla escuchado y leído infinidad de veces. El hecho de que complete la proclamación de las Bienaventuranzas nos debería poner en la pista de que estamos ante una advertencia que pide un testimonio rompedor, subversivo y revolucionario.

¿Y esto para qué? Pues para que el Evangelio no se convierta en una ideología más. Y es que Jesús no se dedicaba a repetir una doctrina ni era un comentarista chabacano de lo que se podía aprender a los pies de cualquier rabino. Porque Jesús de Nazaret, por medio de la praxis de una predicación alternativa a la par que profética, lo que pretendía era abrir mentes y corazones y liberar a todo aquel que, de una u otra manera, se sintiera oprimido y despreciado por quienes interpretaban tradiciones y leyes sin misericordia alguna.

Así pues, con la breve mención a la sal y a la luz Jesús indicaba que no quería discípulos ni seguidores indiferentes y mucho menos inoperantes. Son palabras que invitan a encarnar ese amor loco que Dios siente por la humanidad. Porque Jesús tiene claro que el anuncio la Buena Noticia no es una cuestión de doctrina -que es algo que se puede volver insípido y oscuro- sino de encarnación.

A Santo Domingo se le ha llamado con frecuencia «vir evangelicus». Esto es así porque sabía que debía vivir y sentir de forma rompedora, subversiva y revolucionaria el anuncio del Evangelio. Y es que en la época que le tocó vivir la Iglesia estaba sumida en una crisis considerable. Por un lado la vida cristiana estaba inmersa en la oscuridad del error, fruto de las herejías. Por otro, la predicación llegaba a los fieles de una forma absolutamente desabrida por el tipo de vida que llevaban quienes la tenían encomendada. Y por supuesto, la vida religiosa tenía que cambiar en su modelo y formas ya que estaba totalmente alejada de las necesidades de la sociedad.

Domingo, pues, no tardó en darse cuenta de la insipidez y oscuridad que la Iglesia desprendía. Se percató de que nada tenía sabor y que no existía ni un pequeño atisbo de luz para al menos avanzar a tientas. Así es como Santo Domingo hace que surja una vida radicalizada al Evangelio. Una verdadera y encarnada vida apostólica con nuevo ardor, nuevos métodos y nuevas expresiones para sacar a la Iglesia, y por consiguiente a los creyentes, de la anemia y ceguera espiritual en la que habían caído y que no les dejaban ver ni saborear la vida cristiana en plenitud.

Pero aún hay más. Santo Domingo fue un visionario, es decir, un adelantado a su tiempo y sabía que debía ampliar horizontes. Por ello hizo todo lo posible para que la predicación dominicana no quedara encerrada y oprimida en el sur de Francia donde se encontraba, sino que la sacó para que diera sabor y luz al mundo entero. Y por supuesto no solo en esa época concreta. Porque la predicación es el condimento imprescindible y la claridad necesaria que se precisa en todos los tiempos.

Mirar a Santo Domingo, o dicho de otra manera, estudiar en serio el modo de vida que nos dejó, es percatarnos de que la predicación no se trata de palabrería ni es una cuestión de vanilocuencia. Vendedores de humo sobran. Como tampoco es recurrir a viejas apologeticas ni potenciar espectáculos eclesiales

epidérmicos. Se trata de hacer posible la encarnación del Evangelio en el ser humano de hoy, para que pueda saborear y contemplar con nitidez la belleza y la verdad de este fascinante mundo nuestro. Porque Domingo se comprometió y comprometió a la Orden de Predicadores con una predicación cuya finalidad es dar claridad y sabor a la humanidad, para que se puedan abrir caminos de esperanza.

¿No urge en nuestros días, al igual que en la época de Santo Domingo, una predicación renovadora y profética que imite la vida apostólica que a su vez tome como ejemplo la praxis de Jesús de Nazaret? Hay quienes piensan que volver al origen es retroceder pero, ¿no es preciso mirar a nuestros orígenes para descubrir la esencia de nuestra verdad? ¿Esa verdad que da luz y sabor a nuestra realidad?



Fr. Ángel Luis Fariña Pérez O.P.
Convento de Ntra. Sra. de Atocha (Madrid)

No tenemos publicado Evangelio para niños para este día.